

PRESENTACIÓN

La práctica de la investigación etnográfica

M.^a Isabel JOCILES RUBIO y Ana M.^a RIVAS RIVAS

Margaret Mead, en *Experiencias personales y científicas de una antropóloga* (1976), aprovecha las primeras páginas de uno de los capítulos, el décimo, para mostrar sus quejas sobre la formación metodológica que tanto ella como otros antropólogos de su época habían recibido antes de emprender su primer trabajo de campo, si bien es verdad que no deja de reconocer, al mismo tiempo, el importante legado teórico que sus maestros les habían transmitido:

«Cuando me embarqué para Samoa, sólo me di cuenta vagamente de lo que significaba el trabajo de campo y escribir sobre él.../En realidad no sabía mucho sobre el trabajo de campo. El curso de metodología del profesor Boas no trataba de eso. Era sobre teoría: de cómo se debe organizar el material para defender o cuestionar algún aspecto teórico.../Hasta el día de hoy persiste la práctica de dar al estudiante una buena orientación teórica y enviarlo luego a que viva entre los pueblos primitivos con la esperanza de que elabore algo útil, estilo impuesto a principio de siglo.../La gente enseña hoy a sus alumnos del mismo modo como antes aprendía con sus profesores y si los jóvenes no renuncian por desesperación, enloquecen, arruinan su salud o mueren, podrán, eventualmente, llegar a ser antropólogos» (pp.133, 137-138).

Sin duda, la situación ha variado bastante desde los años universitarios de la antropóloga norteamericana, tal vez debido a que críticas como la suya fueron tomadas en serio dentro de la disciplina. El caso es que, hoy en día, en las clases de metodología se habla de (y se practica a menudo) metodología y los estudiantes disponen, además, de una bibliografía abundante sobre el tema. De este modo, la mayoría de ellos consigue hacerse una idea más o menos nítida

tida «de lo que significa el trabajo de campo» y, por lo general, adquiere las habilidades y los conocimientos necesarios para realizar una investigación etnográfica, para «llegar a ser antropólogos» sin verse obligados a renunciar por desesperanza, locura, ruina de la salud o muerte. Un cambio que ha sido facilitado, en buen grado, por el hecho de que los antropólogos profesionales (académicos o no) hace tiempo que no se limitan a hacer etnografía, sino que —cada vez más— se preocupan de decir (y de escribir acerca de) cómo la han hecho, cómo se hace o cómo debería hacerse.

Lo anterior no quiere decir, desde luego, que las obras generadas en el seno de la antropología hayan abordado en igual medida todos los aspectos relacionados con la metodología de la investigación etnográfica. Al contrario; parece como si hubiera una cierta tendencia a priorizar algunas temáticas sobre otras. Así, si se hace un recorrido —aun rápido— por la literatura más relevante a este respecto, no resulta difícil concluir que los antropólogos prefieren tratar cuestiones ligadas con la evolución histórica o los rasgos definitorios de la etnografía, con los modelos teórico-conceptuales y las orientaciones epistemológicas que guían la investigación, con las unidades de análisis que se delimitan, con la denominada «ecuación personal», con los problemas de acceso a los escenarios o con la naturaleza de las relaciones entre etnógrafos y «nativos». En cambio, dejan más de lado las reflexiones acerca de asuntos vinculados estrictamente a técnicas concretas de investigación, es decir, han tenido un menor interés (salvo excepciones, como las de Spradley, Spindler o Pelto y Pelto, v.g.) por definir qué tipo de datos produce potencialmente cada técnica empleada, en qué circunstancias y para qué fin es más adecuado utilizar unas u otras, cuál es la validez ecológica respectiva, qué controles hay que establecer en cada caso según sean los objetivos que se persiguen, o cuáles son los pasos más convenientes que hay que dar para producir o analizar determinada clase de información. Tanto es así que, si esta literatura se compara con la creada dentro de otras disciplinas, da la impresión de que se ha establecido una cierta división del trabajo metodológico entre ellas, aunque es cierto que no se puede hablar de una división con fronteras impermeables, sino más bien de énfasis diferenciales: la antropología se habría centrado primordialmente en el estudio de los contactos interpersonales y de las estrategias generales de la investigación etnográfica, mientras que la sociología o la psicología, v.g., habrían hecho más hincapié en aquellos pormenores mencionados más arriba y, por tanto, referidos a técnicas específicas de producción y análisis de la información, ya sean la entrevista, el análisis de redes, la escala de actitudes, la historia de vida, el grupo focalizado e, incluso, la observación participante.

Y ello es más patente, si cabe, al trasladarnos hasta la antropología española. Claro está que si hay excepciones entre los antropólogos norteamericanos, británicos o franceses, por nombrar tan sólo a los pertenecientes a las llamadas

«antropologías hegemónicas», también las podemos hallar entre los antropólogos españoles; no obstante, tanto la «tendencia» como la división del trabajo metodológico a las que aludíamos anteriormente se manifiestan entre nosotros acaso con mayor intensidad. Para apreciarlo baste un ejemplo. Si hacemos una revisión de los artículos, libros o capítulos de libros escritos, esta vez, por científicos sociales de nuestro país durante los últimos quince años que versen — para poner un caso— sobre la observación participante, nos encontraremos, entre otros, con nombres como los de M^a Teresa Anguera (1.995: 73-106), Manuel García Ferrando y Ricardo Sanmartín (1.989/87: 113:14), Juan Maestre (1.990: 37-66), Juan Manuel Delgado y Juan Gutiérrez (1.994: 141-173), Miguel Vallés (1.997: 142-176) y Óscar Guasch (1.997). Pues bien, de ellos, M^a Teresa Anguera es psicóloga; Manuel García Ferrando, Miguel Vallés, Juan Maestre y Juan Gutiérrez son sociólogos; Juan Manuel Delgado, en la reseña biográfica que acompaña a su artículo, confiesa haber hecho la especialidad de antropología cuando cursaba la licenciatura de sociología, pero también su vinculación actual con el departamento de Sociología IV de la Complutense; y únicamente Ricardo Sanmartín y Óscar Guasch se declaran antropólogos o, como el segundo, antropólogo y sociólogo simultáneamente. Es más, resulta asimismo sintomático de lo que se está argumentando el hecho de que los textos referidos de estos dos últimos autores formen parte de obras compiladas por sociólogos o, cuando no, que hayan sido publicados en colecciones dirigidas por ellos, tal como sucede, v.g., con *El análisis de la realidad*, editado conjuntamente por García Ferrando, Alvira e Ibáñez, o con los «Cuadernos Metodológicos» del CIS, bajo la dirección científica de Jesús M^a de Miguel. Si esto acontece con la observación participante, considerada con frecuencia como una técnica íntimamente ligada a la antropología social, huelga decir que el estado de la cuestión presenta las mismas características si se toman en consideración otras técnicas de investigación, como la encuesta por cuestionario, los tests proyectivos, las escalas de actitudes o el gupo de discusión que, aunque utilizadas igualmente por los antropólogos, es de rigor reconocer que o bien se integran dentro de la tradición disciplinar de esas otras ciencias sociales, o bien ha sido en ellas donde se han puesto en práctica (y también en solfa, en ocasiones) de una forma más amplia y generalizada.

¿Qué es lo explica esta situación?. Sin buscar una respuesta definitiva, aquí sólo vamos a apuntar algunas de las razones posibles. Al menos en el caso de España, una de ellas estriba en la más temprana y más intensa institucionalización de la sociología, que ha propiciado, por una parte, una mayor especialización de sus profesionales, y por otra, el desarrollo de Departamentos de Técnicas de Investigación Social, inexistentes hasta ahora en el ámbito de la antropología. Otra de las razones puede consistir en la resistencia que ofrecen los antropólogos a separar las reflexiones teórico-metodológicas de la

presentación de los resultados de sus investigaciones empíricas, de tal forma que lo habitual es que aquéllas se recojan en apéndices metodológicos o aparezcan intercaladas a lo largo del texto monográfico. Si bien esta resistencia tiene un aspecto claramente positivo, puesto que permite conocer el contexto etnográfico en el que se pone en práctica un determinado conjunto de técnicas, no deja de representar —al mismo tiempo— un obstáculo, especialmente para los estudiantes que se inician en el quehacer etnográfico, al exigirles un gran trabajo de abstracción y un excesivo volumen de lecturas.

Con este número monográfico de la *Revista de Antropología Social*, hemos querido abarcar tres objetivos principales: primero, facilitar a los estudiantes el acceso, al menos, a una parte de la metodología empleada por los antropólogos; segundo, contribuir al desarrollo y profundización del pensamiento antropológico en torno a las técnicas de investigación, en la línea señalada anteriormente; y tercero, ofrecer un conjunto de artículos en los cuales la teorización metodológica tenga en cuenta la inserción de cada herramienta dentro de un proceso etnográfico. Consideramos que los que aquí se presentan reúnen, en mayor o menor medida, estos requisitos y de hecho, la posibilidad de que se cumplieran fue la que nos orientó a la hora de ponernos en contacto con cada uno de los colaboradores.

El artículo de Carmelo Lisón se puede considerar dividido en dos grandes partes; una primera (apartados I y II), en la que expone su concepción del trabajo etnográfico y, una segunda (apartado III), que centra en el estudio del tipo de relaciones que el investigador mantiene con los informantes (y, sobre todo, con los que él llama «los comisarios del misterio»). Aquí es donde, jugando con el significado de la palabra, sustituye aquel término por el de «informantes», puesto que —desde su punto de vista— este último revela con más propiedad la naturaleza de esas relaciones: «los comisarios del misterio» no son tanto proveedores de información como proveedores de «orientaciones significativas», creadores de universos mentales.

Davydd Greenwood nos habla de la observación participante, y lo hace comparando las diferentes modalidades que adopta según esté insertada en un proyecto etnográfico (que él califica de «convencional») o, por el contrario, en un proyecto de Investigación-Acción-Participativa. La observación participante ha demostrado sobradamente su fecundidad para fundamentar una comprensión de la condición humana y, sobre todo, para «forzar la revisión de cualquiera de las historias oficiales por medio de la residencia a largo plazo en lugares controvertidos y oprimidos». Manifiesta por ello su desacuerdo con las críticas que se le han lanzado bien desde «la restauración conservadora», es decir, desde la perspectiva de quienes supeditan la investigación a los intereses comerciales y políticos, o bien desde ciertos posicionamientos de los *cultural studies*, cuyos representantes —según dice— se han apropiado del lenguaje

antropológico pero divorciado de los contextos de trabajo de campo que generaron precisamente ese lenguaje. El autor no deja tampoco de señalar algunos de los problemas que —en su opinión— entraña la práctica de la observación participante. Uno es el que apunta a algo ya bosquejado al principio de estas páginas: la inexistencia de una literatura antropológica suficiente de carácter metodológico; otro consiste en la relativa indefinición en que se mantienen, dentro de la disciplina, las posiciones de «observador» y de «participante»; y el tercero estriba en los sesgos positivistas que Greenwood detecta en los casos en que la observación participante forma parte de los proyectos «convencionales» mentados más atrás. Tales sesgos son justamente los que le llevan a sostener la mayor validez epistemológica y ética de la I-A-P; idea que va a defender con apoyo de una amplia descripción de sus trabajos en el País Vasco, Noruega y Castilla-La Mancha.

Juan José Castillo se ocupa también de la importancia que ahora, como año, tiene la investigación sobre el terreno pero, esta vez, en el ámbito de la sociología del trabajo. Su artículo (tanto como su práctica docente, de la que nos informa en él) apuesta decididamente por no disociar la creación de teoría de los procesos concretos de indagación empírica, puesto que —como asegura— «sólo sobre la sociología realmente existente, la que se hace, se puede reflexionar con los pies (y la cabeza) en la tierra». Como en ocasiones anteriores, aquí vuelve a jugar una baza a favor de la interdisciplinariedad, negándose a establecer límites infranqueables entre la sociología, la antropología, la arqueología industrial o la ergonomía, no sólo porque arrojan luz desde puntos de vista diferentes sobre un tema común, la vida humana, sino también porque en todas ellas es (o debería ser) central el trabajo de campo, que él concibe como «una manera teóricamente fundada de trabajar» *in situ*. Explorando las relaciones entre las ciencias sociales y la literatura, nos embarca —para terminar— en un interesante examen de *Au bonheur des dames*, de Émile Zola, y de *La jungla*, la novela que Upton Sinclair escribió en 1906 para relatar las condiciones de vida y de trabajo de los obreros de los *stockyards* norteamericanos.

José Luis García y Ricardo Sanmartín nos brindan, respectivamente, sus reflexiones metodológicas sobre el análisis del discurso y sobre la entrevista en profundidad. Ambos ponen exquisito cuidado, por un lado, en presentarlas de una forma que sean utilizables por el lector que, embarcado en una investigación, tenga interés en aplicar esas técnicas; por otro, en teorizar sobre ellas teniendo «los pies (y la cabeza) en la tierra», esto es, basándose en su propia experiencia de campo y utilizando —además— esta experiencia para ilustrar y otorgar «visibilidad» a su teorización; y, por último, en no olvidar que tales técnicas son empleadas habitualmente por los antropólogos dentro de un contexto etnográfico, y que ello supone —entre otras cosas— que su uso presente modulaciones específicas así como resultados indisolubles de ese contexto.

José Luis García empieza exponiendo las razones por las cuales estima que es epistemológicamente inconsistente la separación estipulada a veces, «como si fueran dos realidades socialmente distintas», entre las observaciones del investigador y los discursos de los sujetos investigados; una inconsistencia que se deriva, principalmente, del hecho de que el lenguaje constituye una conducta «envolvente», imbricada en cualquier acción humana, de modo que toda observación etnográfica acontece siempre «hilvanada en sus distintos actos por los discursos de los participantes». A partir de ahí nos delinea una propuesta analítica que pide prestar atención no sólo a las estructuras y a los elementos internos de los relatos (contenido —*lo dicho y lo no dicho*—, esquemas narrativos, esquemas y teorías culturales, etc.), sino igualmente a las condiciones sociales en que dichos relatos han sido producidos, una de las cuales es, sin duda, la diferente posición que puedan ocupar el etnógrafo y el narrador. El autor nos da la oportunidad de apreciar cómo «funciona» en la práctica su propuesta, toda vez que, a la par que teoriza sobre ella, la va aplicando al análisis de dos narraciones sobre un mismo acontecimiento que, aunque debidas a una sola informante, exhiben algunas divergencias relevantes por cuanto fueron hechas en momentos diferentes del tiempo y, por tanto, en situaciones también distintas.

Ricardo Sanmartín hace hincapié —como ya se comentó— en entender la entrevista en su íntima vinculación con el trabajo de campo antropológico. Así, al hilo de una descripción detallada de las sucesivas fases de realización de una entrevista, va extrayendo las consecuencias que se desprenden de su inserción dentro de un espacio investigativo más amplio; unas consecuencias que dejan su impronta en cada una de aquellas fases: descubrimiento, preparación, encuentro, transcripción e interpretación. Entendiendo la técnica como «un encuentro humano integral» entre el etnógrafo y los entrevistados, va a insistir —como recalca en su *abstract*— en que, para acceder a «los contenidos humanos» en torno a los cuales gravita la cultura de estos últimos, son tan cruciales la autenticidad y la actitud moral del primero como una adecuada construcción de su rol de investigador. Se detiene igualmente en marcar las diferencias que, en la cooptación de informantes y en la evolución de las entrevistas (ya sean éstas individuales o grupales), introducen las circunstancias particulares en que se desarrolla la investigación: la distancia social y/o cultural recíproca percibida por los protagonistas, el tema o los temas abordados, el que se trate de un estudio de comunidad o de área o, finalmente, el que éste se enmarque en zonas rurales o urbanas.

Juan José Pujadas, que nos introduce en el método biográfico, se muestra partidario de recurrir a él de dos maneras complementarias: «como recopilación de historias de vida de algunos miembros característicos» de un determinado grupo social y como «autobiografías de las trayectorias de los etnógra-

fos». Esto último lo considera especialmente importante, toda vez que el lector de una obra etnográfica necesita, para comprender las prácticas culturales analizadas en ella, que el etnógrafo explicita el contexto en que éstas han sido generadas o, expresado de otro modo, que «aporte el máximo de evidencias» no sólo sobre las condiciones de obtención de la información, sino también sobre los criterios que le han llevado a considerar tales prácticas como pertinentes. En cuanto a la otra forma de enfocar el método biográfico, Pujadas lo encuadra dentro de las corrientes humanísticas predominantes en las actuales ciencias sociales, que invitan a profundizar en «lo que las personas y los grupos hacen, piensan y dicen con la finalidad de ensayar interpretaciones de la realidad a partir de la subjetividad individual o grupal». Es precisamente este enfoque subjetivista el que le sirve para argumentar, ya al final de su artículo, en contra de las objeciones que autores como Bourdieu dirigen a las biografías; no sin antes haber trazado la historia de las relaciones entre etnografía y método biográfico, así como las diversas modalidades en que puede ser utilizado.

El artículo de Beatriz Moncó ofrece la posibilidad de ver los resultados de un análisis documental efectuado desde una perspectiva antropológica. La autora, como en obras suyas anteriores, acomete el estudio de un caso de posesión diabólica, acaecido en el Madrid del siglo XVII, cuyas principales protagonistas son las religiosas del convento de San Plácido, pero esta vez centrando su atención en un documento histórico de características especiales: el memorial que Teresa Valle, priora del convento en el momento de los acontecimientos, escribe varios años después «para dar cuenta de lo que había sucedido». Elaborado a petición del marqués de Villanueva, el memorial constituye una clara muestra de que no hay reconstrucción del pasado que no responda a los intereses, o que no refleje los modelos culturales, del presente. Este documento, a través del cual Teresa Valle se convierte en «informante privilegiada» narrando su propia «historia de vida», proporciona información no tanto acerca de los sucesos en que estuvo involucrada, aunque también lo haga, como sobre su afán por contribuir a «la rehabilitación de las monjas» (ella misma incluida), que habían sido condenadas por el tribunal del Santo Oficio, o sobre la visión de posesión demoníaca que está manejando, la cual —como afirma Moncó— se ajusta a un esquema casi «de manual».

Tras ponderar la relevancia que tienen las experiencias iniciales en el trabajo de campo (porque, como se comprueba a *posteriori*, se puede aprender mucho de una primera apreciación de la «superficie de las cosas»), Gaspar Mairal nos habla de los diversos modos en que el etnógrafo se construye su «yo», su «lugar», dependiendo de que trabaje en zonas rurales o, por el contrario, urbanas. Esta diferente construcción estaría en función de los rasgos distintivos que exhiben los espacios públicos de unas u otras áreas. En el bar

o en la plaza de una pequeña comunidad rural, el investigador —continúa diciendo el autor— «apenas puede ver y siente sobre todo que es visto intensamente», por lo cual necesita romper cuanto antes su «no-lugar», su falta de identidad, para empezar desde ahí a observar, mientras que en las calles, las oficinas o cualquier establecimiento de una ciudad no tiene, en cambio, que justificar su presencia, al menos no de forma diferente a como lo debe hacer cualquier otro ciudadano. No siendo objeto de «todas las miradas», el investigador puede «ver» desde los momentos iniciales del trabajo de campo, «disfrutar del anonimato y explotarlo en su propio beneficio». Con todo, no le basta con construirse «un lugar» o con observar los espacios públicos, puesto que —para el etnógrafo urbano— es asimismo fundamental escudriñar los documentos de archivos y bibliotecas o, por ejemplo, formarse una red de informantes que le ayuden a penetrar en la vida citadina.

En este número monográfico hemos incluido, antes de las habituales «Reseñas», una sección que hemos denominado «Notas metodológicas», donde se presentan textos que, si bien breves (pues comprenden de cuatro a ocho páginas), abordan —sin embargo— aspectos importantes de la investigación etnográfica. Uno de ellos, el de Teresa San Román, se enfrenta a un problema que afecta a bastantes estudios sobre poblaciones marginales de nuestro país: la no presencia sobre el terreno del investigador principal. Diseñados frecuentemente sin convicción interdisciplinaria, estos estudios acerca de inmigrantes o gitanos son «abandonados a la captación inexperta» de los ayudantes de campo, que consiguen —si acaso— «unos datos pobres» sobre los cuales se ensaña el utillaje cuantitativo o cualitativo que el investigador principal aplica cómodamente desde su despacho. Ello —en opinión de San Román— provoca no sólo un «pobre conocimiento de los pobres», sino el hastío de éstos y su desconfianza ante unas preguntas que dejan traslucir todo menos un acercamiento comprometido y eficaz a su problemática. El texto de Martín Gómez-Ullate, por su parte, nos habla de lo que «la imagen en movimiento» recogida durante el trabajo de campo, y su posterior revisión, pueden aportar al antropólogo embarcado en una investigación etnográfica. Para profundizar en estas aportaciones, comparará las tres formas principales de registro de las que aquél se vale (memoria, diario de campo y cintas de video), señalando de este modo las semejanzas y diferencias existentes entre ellas. Por último, Secundino Valladares nos presenta una reflexión sobre el valor heurístico del habla, a través de una tipología de palabras con sus correspondientes modos de significación (palabras verdaderas, palabras-schibolet, palabras divinas, eufemismos, disfemismos y otras palabras agónicas) que el antropólogo que se adentra en el trabajo de campo debe tener en cuenta si quiere aprehender la cosmovisión de la comunidad o grupo social que estudia.